

¿QUÉ ES? SINO GRACIA...

Caná de Galilea, nombre bíblico de la tierra prometida conquistada por los israelitas. Parte de la baja Palestina. No se la nombra en el Antiguo Testamento. Sin embargo, Jesús realiza su primer milagro, precisamente en Caná de Galilea. En sus recorridas, Jesús se va a Tiro buscando lugares menos populares, cerca de las fronteras de Galilea. También sus habitantes son menos ritualistas, menos puntillosos en lo concerniente a planteos y observancias religiosas. De todos modos la fama de Jesús impide que por mucho tiempo lo rodee el anonimato.

En el capítulo 7 del Evangelio de Marcos, aparece Jesús discutiendo con los fariseos asuntos de observancia, pureza y tradiciones, incluso explicando algunas consideraciones que eran simplemente de higiene, por ejemplo, lavarse las manos antes de comer. Todo grupo humano, religioso o no, mantiene sus costumbres y tradiciones. Es una manera de hacer surgir identidad en el grupo, además de lograr un espacio y visibilidad. Poco a poco estas costumbres serán principios y se relacionarán o no con mandatos divinos.

Así la palabra de Dios, que llega a nosotros debe ser estudiada y purificada. Son muchos siglos de tradición oral pasada de una generación a otra y es lógico que haya que estudiar y ver el sentido y buscar la auténtica verdad. La Iglesia guarda y cuida esta tradición que se quiere transmitir manteniendo la coherencia necesaria.

En la Biblia hay una manera de comprender a Jesús propia de los Apóstoles, lo que llamamos la Tradición apostólica. De todos modos conviene aclarar que una es la Tradición de la Iglesia y otra las costumbres añadidas con el tiempo y por tradiciones de distintos grupos. No se debe confundir, porque tanto el exceso como el defecto de rituales y observancias acarrear problemas a las comunidades y nos aparta de la fe verdadera. Este riesgo se corría, Jesús mismo advierte por estos peligros. Los fariseos eran exageradamente escrupulosos en ciertos aspectos de pureza y rituales.

En Mc. 7,5 los fariseos reclaman porque los discípulos de Jesús no se purificaban las manos antes de comer. A continuación en el vers. 6 les da una fuerte reprimenda aplicándoles una reconvención del profeta Isaías “este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí” (Is. 29, 13). Jesús lejos de ser el tolerante que se abaja hablando con la gente y comprendiendo situaciones, se mantiene duro y recriminando actitudes por un largo rato. Les dice: “Ustedes descuidan el mandamiento de Dios por aferrarse a tradiciones de hombres” Mc 7, 13. A continuación explica lo que hace puro o impuro al hombre. Y estos eran puntos muy importantes en la religión judía.

Si comparamos este diálogo de Jesús con los fariseos con el diálogo de Jesús con el Maestro de la Ley que aparece en Mt. 22, 36-40: “Maestro, ¿Cuál es el mandamiento más importante de la Ley?” vemos que la sencillez de la respuesta de Jesús abruma, y a la vez la hace más fuerte “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente. Es el gran mandamiento, pero hay otro muy parecido al primero, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los profetas se fundamentan en estos dos mandamientos.”

Hagamos el esfuerzo para imaginarnos la mente y el corazón del auditorio que se esperaba la recitación de los aproximadamente 613 mandamientos y preceptos, pero Jesús simplificó las cosas, las facilitó. ¿Se habrán dado cuenta que no facilitaba las cosas sino que las profundizaba?... Nunca habían escuchado nada igual... Este profeta es totalmente distinto... ¿Qué querrá?... ¿Será por fin el enviado?... ¿Estaremos frente al Mesías? Las dudas crecían y el ambiente se ponía más difícil.

En realidad, a un sector de los presentes seguramente todas estas dudas y preguntas le atenazaban el alma, pero al otro grupo, más laxo en su religiosidad no le afectaba tanto y lo escuchaba con agrado. Este era más o menos el telón de fondo en el que se desarrollará el diálogo entre Jesús y la mujer sirofenicia, mujer que nos acompañará en la reflexión en este día.

El relato aparece en Mateo 15, 21-28 y en Marcos 7, 24-30 y presentan mínimas pero importantes diferencias.

En este diálogo la respuesta de Jesús a una madre afligida no puede dejar de sorprendernos. Detengámonos un poco en esa mujer. Era cananea: ¿Cómo sería su fe? ¿Su Dios? ¿Creía en Jesús como salvador?... Seguramente no... pero sufría y veía sufrir tanto a su hija... algo le habría llegado de este hombre del que se decía que posiblemente era un profeta. Imaginemos un poco de su vida. El caso de esa niña u otros por el estilo, se les denominaba “endemoniados”, no cabía otra idea que posesión diabólica. Para nosotros hoy, estamos posiblemente ante un caso de epilepsia o cosa parecida. No sabemos mucho de las costumbres: cuando la muchacha “era presa de la posesión diabólica”, su madre, ¿podría abrazarla tratando de contenerla, acercarse a ella un poco? ¿o a un endemoniado en plena crisis no se lo podía tocar? No sabemos mucho. ¿Cómo continuarían después sus días? Sí, podemos imaginar la angustia y sufrimiento en que transcurría el día tras día la vida de esa madre y su hija, esperando angustiosamente la aparición de las convulsiones, los gritos, los revolcones en el piso, expulsión de espuma por la boca, descripción típica de las posesiones diabólicas en el evangelio.

En otros pasajes vemos que los demonios saben quién es Jesús, lo reconocen, salen dando gritos, pero Jesús les manda callar (Mc.5, 1-20). Los demonios le ruegan a Jesús que no los eche del lugar, le piden que les permita ir a una piara de cerdos que estaba por allí. También leemos que los discípulos se alegran muchísimo porque hasta los demonios se le someten. (Mt. 10, 8)

Realmente muy difícil para nuestra mentalidad siglo XXI.

Por qué hacemos alusión y hasta queremos llamar la atención sobre el particular, nos parece que hay detalles muy importantes: era una pagana, una madre ante un terrible problema, que Jesús no sólo parece ignorar sino que responde de una manera casi despectiva, haciendo uso de un dicho corriente entre los judíos para referirse a los paganos.

¿Podemos hablar de un cambio de opinión en Jesús ante la humilde súplica salida del dolor de esa madre? Le recuerda a Jesús el verdadero alcance de su misión.

Cuando Dios hace vivir una experiencia religiosa a alguien sin duda quiere mostrar algo de su ser, o una dimensión especial en su relación con el hombre que vive algo diferente. ¿Se puede hablar de proceso en la oración de esta mujer? ¿Qué la mueve a ir en busca de Jesús? Hace un pedido, ¿qué respuesta recibe? ¿Alguna vez viví una situación semejante? ¿Sentí que Dios me dejaba de lado? ¿Cómo fue mi reacción? ¿Llegué al diálogo?

Si esta madre se alejaba de su casa por poco tiempo que fuera, corría el riesgo de comenzar a escuchar gritos desgarradores y ¿alguien correría a su casa para ayudar? Ella ya sabía que era el aviso de que el demonio había entrado a su casa, o peor aún, había tomado posesión de su hija... ¿Qué haría? Difícil ponerse en su lugar ¿Qué hacía el resto de la familia?... ¿Los vecinos? ¿Quedaba sola con su hija? ¿La ley y las costumbres le permitían hacerle gestos de cariño a su hija, abrazarla?

En esa noche oscura y de sufrimiento que era su vida, ¿habría espacio para una lucecita? ¿Sería posible experimentar algo que ella no conocía en la vida: la esperanza? Solo imaginamos que la vida de esta mujer era una vida de mucho sufrimiento.

La soledad más absoluta es cuando ni siquiera hay un Dios para llamarlo y poder esperar su auxilio o cercanía. Estaba sola con su sufrimiento. A todo esto le habían hablado de un judío, llamado Jesús, que hacía milagros, incluso seguramente, le habían llegado rumores de que expulsaba demonios. Sin duda estaba entre el auditorio que atentamente seguía las palabras de Jesús.

Cuando le dicen ahí está Jesús: comienza a gritar. En el texto, Mateo, le atribuye que llama a Jesús con el título de Hijo de David: ¿reconoce a Jesús como Mesías?... Marcos no hace alusión a esto pero dice que se arrodilla, y comienza a presentar a Jesús su súplica de que le cure a su hija. Sus gritos molestaban y los apóstoles le piden a Jesús que la escuche. Entonces nos encontramos con esa inesperada respuesta de Jesús. Por los comentarios que le habían llegado a esta mujer, Jesús era la única esperanza que le quedaba. Sin embargo, la respuesta es tajante, inesperada, humillante, pero

el sufrimiento, la desesperación de una madre llevan a esta mujer a una humildad tan profunda que llega a conmover a Jesús a tal punto que Jesús cambia de opinión y cura a su hija. No es la primera vez que la humildad conmueve a Jesús.

¿Puede la oración hacer cambiar a Dios y conceder un favor que antes había negado? Ese es, muchas veces, el objetivo de nuestra oración, de nuestra súplica, se organizan cadenas de oración intentando de alguna manera que Dios responda a nuestro pedido... La respuesta que en esta oportunidad da Jesús, es para desanimar a cualquiera, sin embargo, la mujer persevera. ¿Qué es lo que la mantiene en su pedido? ¿La necesidad y su angustia o la confianza de que Jesús al final escuchará su súplica...?

El final del relato en ambas versiones, si uno intenta ponerse en el corazón de esa madre, es emocionante: la que ya no esperaba, la que había tenido que escuchar casi un desprecio de la boca de Jesús, logra lo que tanto buscaba y pedía. Era cierta la esperanza, se hizo cierta la alegría. La emoción es más fuerte cuando desde el pozo hondo de la decepción inmediatamente nos encontramos en lo más alto, en la cumbre, entonces el corazón estalla. Cuando ya no se esperaba nada, se encuentra todo.

¿Me ocurrió una vivencia parecida alguna vez?...

En el caso de la madre sirofenicia ¿qué quería Dios que descubriera, que viviera, en esta experiencia? ¿Dios le pedía confianza, perseverancia? ¿He pasado alguna situación similar? ¿Qué me mantuvo? ¿Cómo salí de esa noche oscura? ¿Fortalecida? ¿Desgastada? ¿Esa vivencia enriqueció en algo mi relación con Dios?

La recuerdo, la repaso etapa por etapa, momento a momento. Analizo lo vivido....

MUJER CANANEA

Era mujer, extranjera,
y madre sufriente
viendo cómo estaba lo que más quería,
la hija nacida de sus entrañas.

El evangelista nos narra,
sin eufemismos ni edulcorantes,
su encuentro contigo
cuando saliste de las fronteras patrias.

Su lectura siempre me intriga y sorprende,
y me deja con la sensación de no entender nada.
Mas no quiero que me lo expliquen,
ni que me lo maticen,
ni que me lo contextualicen
poniéndote aureola de luces, Señor.
La escena perdería su encanto,
y no rompería nuestros esquemas
respecto a lo divino y a lo humano

Así, tal como nos la han transmitido,
suena a escándalo,
pero quizá sólo así sea manantial de gracia
y un gran regalo.

Porque, ¿qué es, sino gracia,
lo que esa madre cananea

nos enseña con su actitud y fe?
¿Qué es, sino gracia,
ver cómo podemos influirte?
¿Qué es, sino gracia,
descubrir la fuerza de nuestra oración?
¿Qué es, sino gracia
constatar cómo tú cambias
ante nuestra testaruda insistencia?
¿Qué es, sino gracia,
percibir que nunca están las puertas
de tu corazón cerradas?
¿Qué es, sino gracia,
terminar siendo tratados como hijos
aunque seamos extranjeros?
¿Qué es, sino gracia,
saber que hasta los “perrillos”
tienen alimento y derecho en casa?

¡Que no me cambien ni expliquen este evangelio!
Quiero sentir el escándalo
de tu propio proceso divino y humano.

Florentino Ulibarri